

Editorial

El centro está en los márgenes

Corazones, caminos y mediaciones para una teología que quiere habitar el presente

Manuel Fandos Igado

Director de la Revista Aragonesa de Teología

<https://orcid.org/0000-0003-2190-8272>

Hay números de una revista que se construye alrededor de un único tema previamente delimitado, y hay otros cuya unidad aparece progresivamente, a medida que los textos comienzan a dialogar entre sí. Este número de la *Revista Aragonesa de Teología* pertenece, en buena medida, a este segundo grupo. Sus artículos recorren territorios aparentemente distantes: el amor a los pobres, la espiritualidad del corazón de Cristo, el diaconado permanente, las mujeres anónimas del Antiguo Testamento, los sermones pascuales de san Antonio de Lisboa, la identidad de la escuela cristiana, el turismo religioso y las nuevas formas de comunicación de la fe en el continente digital. Sin embargo, bajo esta diversidad se reconoce una preocupación compartida: cómo puede la fe cristiana hacerse presente, inteligible y fecunda en los lugares concretos donde hoy se juega la vida humana.

No estamos únicamente ante una colección de estudios sobre cuestiones religiosas. Nos encontramos ante distintas respuestas a una misma pregunta: ¿qué significa anunciar, celebrar y practicar el Evangelio en un tiempo caracterizado por la fragmentación, el pluralismo, las nuevas mediaciones tecnológicas, la pérdida de referencias compartidas y la persistencia de profundas desigualdades?

Los textos reunidos sugieren que la teología no puede responder a esta pregunta refugiándose en formulaciones abstractas ni limitándose a repetir respuestas elaboradas para contextos ya desaparecidos. Tampoco puede disolverse en un lenguaje indiferenciado que oculte la singularidad cristiana para resultar aceptable. Está llamado a realizar un movimiento más exigente: regresar al centro de la fe para habitar creativamente sus fronteras. Y ese centro no es una idea, una estructura o una estrategia, sino el acontecimiento de Jesucristo, su Pascua y el amor que en ella se entrega hasta el extremo.

Volver al corazón no significa encerrarse

La imagen del corazón ocupa un lugar especialmente significativo en este número. La reflexión sobre *Dilexit nos* presenta la última encíclica del papa Francisco como una clave hermenéutica de su pontificado y como una llamada a recuperar la unidad de la persona frente a la fragmentación contemporánea. Volver al corazón no equivale a retirarse hacia una interioridad aislada. El corazón cristiano no es un refugio sentimental ni el espacio cerrado de las emociones privadas. Es el lugar donde la persona recibe el amor, se reconoce amada y aprende a entregarse.

Esta precisión resulta especialmente necesaria en una cultura marcada por el emotivismo. Cuando el sentimiento se convierte en medida última de la verdad y del bien, la persona corre el riesgo de quedar encerrada en sí misma. El corazón, en cambio, no absolutiza la emoción: la integra, la ordena y la abre a la realidad. Es centro unificador precisamente porque permite relacionar afectividad, inteligencia, voluntad, cuerpo, memoria y acción.

Por eso, el corazón de Cristo conduce necesariamente fuera de uno mismo. Quien se acerca a él descubre que el amor recibido reclama una forma histórica, corporal y comunitaria. No existe una auténtica espiritualidad del corazón que permanezca indiferente ante el sufrimiento. El movimiento que parte del corazón de Cristo lleva al corazón de los pobres.

La presentación de la exhortación *Dilexi te* muestra con claridad este dinamismo. El amor a los pobres no es una consecuencia secundaria de la fe ni un campo especializado reservado a determinadas instituciones eclesiales. Tampoco se reduce la filantropía, la sensibilidad personal o el posicionamiento ideológico. Pertenecer al centro de la revelación cristiana porque Dios mismo ha querido manifestarse en la fragilidad, la pequeñez y la pobreza de la condición humana.

Los pobres no son únicamente destinatarios de la acción eclesial. Son lugar de encuentro con Cristo, sujetos de evangelización y portadores de una sabiduría que la Iglesia necesita escuchar. Amarlos exige atender sus necesidades inmediatas, pero también reconocer su dignidad, acompañar sus procesos y transformar las estructuras que producen exclusión. De ahí la vigencia de una fórmula que atraviesa el magisterio social reciente: ser una Iglesia pobre, para los pobres y de los pobres.

El corazón, por tanto, no desplaza la mirada hacia una espiritualidad desencarnada. Al contrario, la vuelve a la historia. Una Iglesia que escucha el corazón de Cristo aprende a escuchar el clamor de quienes sufren.

Los márgenes también tienen voz

Esta atención a quienes permanecen en los márgenes adquiere una expresión singular en el estudio dedicado a las mujeres sin nombre del Antiguo Testamento. Sus relatos recuerdan que el anonimato textual no equivale necesariamente a insignificancia histórica o teológica. Muchas de estas mujeres son identificadas por su relación con un varón, por su maternidad o por el lugar del que proceden. Sin embargo, irrumpen en momentos decisivos y alteran el curso de los acontecimientos mediante su fe, su inteligencia, su hospitalidad, su resistencia o su valentía.

La mujer de Tebes, la hija de Jefté, la madre de Sansón, la concubina del levita, la viuda de Sarepta, la sunamita y las mujeres de Endor, Técoa y Abel Bet Maacá habitan relatos atravesados por la violencia, la vulnerabilidad, el coraje y la esperanza. Algunos actúan; otras padecen las decisiones de quienes poseen el poder. Todas obligan a leer los textos bíblicos sin ocultar las estructuras patriarcales de su contexto, pero también sin reducirlas a personajes secundarios.

Sus nombres no llegaron hasta nosotros, pero sí sus acciones, sus heridas y sus palabras. Esta paradoja contiene una enseñanza que atraviesa todo el número: la historia de la salvación no se escribe únicamente desde los centros visibles de autoridad. También avanza por medio de quienes aparecen entre líneas, de quienes no ocupan los primeros lugares y de quienes, sin dejar su nombre, dejaron una huella.

La teología está llamada a escuchar esas voces. No solo por una exigencia de reparación histórica, sino porque Dios se revela con frecuencia en personas y acontecimientos que las narraciones dominantes consideran marginales. Quizás una de las tareas más urgentes del pensamiento cristiano consiste precisamente en aprender a leer los márgenes como lugares de revelación.

Servir no es sustituir

La recuperación de los márgenes conduce al tema del servicio. El estudio sobre el diaconado permanente recorre su nacimiento en las primeras

comunidades cristianas, su evolución histórica, su progresivo debilitamiento y su restauración en el Concilio Vaticano II. Pero su aportación principal no reside únicamente en reconstruir una trayectoria institucional. Invita a comprender la identidad diaconal desde Cristo servidor.

El diácono permanente no es un presbítero incompleto ni un laico promocionado. Tampoco debe entenderse como una solución funcional ante la disminución de las vocaciones sacerdotales. Su identidad nace del sacramento del Orden y se expresa en la articulación entre la Palabra, la liturgia y la caridad. Su presencia recuerda a toda la comunidad que la Iglesia no existe para servirse a sí misma, sino para servir.

Esta identidad resulta especialmente elocuente cuando se encarna en hombres que viven simultáneamente su vocación familiar, profesional y ministerial. El diácono permanente habita una frontera fecunda entre el altar, la comunidad y la vida cotidiana. Su ministerio puede convertirse así en signo de una Iglesia que no huye del mundo, sino que reconoce en él el lugar de su misión.

La experiencia de la archidiócesis de Zaragoza ofrece una concreción cercana de este proceso. La progresiva implantación del diaconado permanente muestra sus posibilidades pastorales, pero también la necesidad de superar desconocimientos y resistencias. La cuestión de fondo no consiste en determinar qué tareas pueden asumir el diácono que antes realizaban otros, sino en reconocer qué dimensión de la identidad eclesial se hace visible a través de su ministerio. El servicio no es una suplencia: es una forma sacramental de presencia.

La Pascua como criterio

La referencia a Cristo servidor encuentra su último fundamento en el misterio pascual. El estudio sobre los sermones de san Antonio de Lisboa permite regresar a una de las grandes figuras de la teología medieval y contemplar cómo la Pascua fue comprendida y comunicada en un contexto distinto del nuestro.

Los sermones antonianos no son meras piezas de oratoria ni simples testimonios de una espiritualidad lejana. Constituyen instrumentos de formación, guías para la predicación, síntesis doctrinales y textos vinculados a la vida

litúrgica. En ellos convergen la Sagrada Escritura, la tradición patristica, los saberes medievales y una clara finalidad pastoral.

Su interpretación de la resurrección se encuentra estrechamente vinculada con la penitencia, la conversión y el destino del alma. Aunque esta perspectiva difiere de algunos acentos actuales, continúa interrogando a la teología contemporánea. San Antonio recuerda que la Pascua no es únicamente un contenido que debe explicarse, sino una realidad que exige transformación.

Esta dimensión pascual reaparece en la propuesta sobre la identidad de la escuela cristiana. El kerigma no puede reducirse a una fórmula doctrinal repetida ni convertirse en una metodología pedagógica. Es el anuncio del acontecimiento de Jesucristo muerto y resucitado, capaz de iluminar la existencia y abrir posibilidades de recomienzo.

Hablar de dinamismo kerigmático en la escuela significa preguntarse cómo la Pascua inspira su manera de comprender a la persona, ejercer la autoridad, organizar el currículo, afrontar los conflictos, acompañar la vulnerabilidad y promover la justicia. La identidad cristiana no se garantiza mediante la acumulación de símbolos o actividades pastorales. Necesita adquirir experiencia educativa.

Esta perspectiva permite superar la falsa alternativa entre una identidad confesional coercitiva y una neutralidad que termina ocultando las propias raíces. En un contexto postsecular y plural, la escuela cristiana está llamada a ser reconocible sin imponerse, dialogante sin diluirse y respetuosa con la libertad sin renunciar a expresar el fundamento que da unidad a su proyecto.

Habitar las nuevas mediaciones

Buena parte de las preguntas anteriores se juega hoy en el ámbito de la comunicación. La revolución digital no se limita a proporcionar herramientas más rápidas para transmitir mensajes. Ha transformado los lenguajes, la percepción del tiempo, la construcción de la autoridad, las formas de relación y los modos de pertenencia. El mundo digital no es ya solamente un medio que utilizamos, sino un ambiente que habitamos.

El estudio sobre la formación del ministerio ordenado en la cultura mediática señala una asimetría significativa: mientras el magisterio eclesial ha

recorrido el camino que lleva del medio a la cultura, de la cultura al ambiente y del ambiente al lugar teológico y pastoral, la formación de los ministros no siempre ha integrado plenamente esta transformación.

Esta carencia no es meramente técnica. Afecta al testimonio, a la autoridad ya la comunión. En las redes, la credibilidad ya no procede automáticamente del cargo institucional. Se construye —y también se pierde— mediante la coherencia, la calidad de la presencia, la capacidad de diálogo y el modo de relacionarse con los demás. La competencia mediática debe entenderse, por ello, como una dimensión de la formación ministerial que integra conocimiento, comprensión crítica y expresión responsable.

El artículo dedicado a los *influencers* cristianos en TikTok muestra empíricamente esta reconfiguración. La brevedad, la emoción, la performatividad y la interacción transforman el discurso religioso. Los testimonios personales, las exhortaciones, las citas bíblicas, la música, los gestos y los llamados a comentar o compartir configuran nuevas formas de mediación de la fe.

TikTok no actúa solo como canal. Sus lógicas algorítmicas influyen en aquello que se comunica y en la manera de comunicarlo. La autoridad religiosa se fragmenta y distribuye; la autenticidad percibida adquiere más importancia que la acreditación institucional; y la interacción puede funcionar como una especie de ritual digital de pertenencias. Estas posibilidades conviven con riesgos evidentes: simplificación doctrinal, espectacularización, dependencia de la viralidad, protagonismo excesivo del comunicador y debilitamiento de los vínculos comunitarios.

La respuesta no puede ser ni la condena indiscriminada ni la aceptación ingenua. Habitar el continente digital exige discernimiento. La Iglesia necesita aprender sus lenguajes sin convertirse en esclava de sus algoritmos; valorar la creatividad sin confundir visibilidad con fecundidad; y reconocer nuevas formas de autoridad sin renunciar a la comunión.

Aprender a visitar

La reflexión sobre la mediación se extiende también a los lugares físicos. El estudio sobre alfabetización turística y educomunicación en los destinos religiosos recuerda que un santuario, una iglesia, una procesión o una ruta de peregrinación no poseen automáticamente para todos los visitantes el mismo significado.

La comunicación turística selecciona imágenes, crea relaciones, propone itinerarios y orienta comportamientos. Puede ayudar a comprender la identidad viva de un lugar religioso o reducirlo a monumento, espectáculo o producto de consumo. Por ello, comunicar un destino sagrado es una tarea hermenéutica, educativa y pastoral.

La propuesta de alfabetización turística, articulada en las dimensiones de conocimiento, comprensión y expresión, ayuda a pensar una hospitalidad inteligente. No se trata de aislar los espacios sagrados para protegerlos ni de abrirlos sin límites hasta banalizarlos. Se trata de acoger al visitante explicando la identidad del lugar, respetar la oración y el culto, incorporar la voz de las comunidades locales y promover una relación sostenible con el patrimonio.

El caso del Algarve muestra que las instituciones turísticas no son intermediarios neutrales. Actúan como educadoras no formales porque enseñan qué mirar, cómo interpretarlo y qué conductas adoptar. Esta constatación posee un alcance pastoral evidente: la evangelización no acontece únicamente mediante discursos explícitos, sino también en la manera de acoger, organizar, narrar y cuidar los lugares.

Peregrinos, turistas, estudiantes, usuarios de redes y miembros de comunidades cristianas comparten algo fundamental: todos necesitan mediaciones que no sustituyan la experiencia, sino que permitan comprenderla mejor.

Una teología que acompaña la vida

Los trabajos que integran este número se sitúan en campos disciplinares diversos, pero convergen en una misma intuición: la teología cumple su misión cuando ayuda a reconocer la presencia de Dios en la complejidad de la vida y ofrece criterios para habitarla evangélicamente.

Esta tarea requiere fidelidad a la tradición y capacidad de innovación. San Antonio de Lisboa muestra que la comunicación de la fe siempre ha exigido incorporar los saberes, lenguajes y preguntas de cada época. Las mujeres anónimas del Antiguo Testamento recuerdan que la historia de Dios desborda los nombres consagrados por la memoria oficial. El diaconado permanente hace visible una Iglesia configurada para el servicio. *Dilexit nos* conduce al corazón como centro unificador de la persona. *Dilexi te* muestra que ese

corazón tarde de manera privilegiada en los pobres. La escuela cristiana busca traducir el kerigma en cultura educativa. La alfabetización turística propone aprender a visitar sin apropiarse. Y los estudios sobre el continente digital invitan a comunicar sin trivializar, estar presentes sin convertirse en protagonistas y crear comunidad sin olvidar la corporeidad y los sacramentos.

Tal vez la unidad más profunda del número pueda expresarse mediante tres verbos: escuchar, habitar y servir.

Escuchar el corazón de Cristo y el clamor de los pobres; las voces de las mujeres olvidadas y las preguntas de quienes ya no comprenden espontáneamente el lenguaje cristiano.

Habitar la escuela, las redes, los santuarios, las comunidades y los caminos de la cultura contemporánea sin miedo, pero también sin ingenio.

Servir mediante la palabra, la liturgia, la caridad, la educación, la comunicación y el cuidado del patrimonio común.

Estos tres verbos dibujan una teología que no contempla el mundo desde la distancia, sino que acepta caminar en su interior. Una teología consciente de que no basta con proclamar una identidad: es necesario practicarla. No basta con hablar del amor: hay que darle cuerpo. No basta con defender la verdad: es preciso comunicarla de manera que pueda convertirse en encuentro.

En una época fascinada por la visibilidad, el Evangelio continúa recordándonos que el centro puede encontrarse en aquello que el mundo desplaza hacia los márgenes. Allí está el pobre, la mujer sin nombre, el servidor, el estudiante que busca sentido, el visitante que entra en silencio en un templo y el joven que, detrás de una pantalla, formula preguntas que quizás no se atrevería a expresar en otro lugar.

La teología está llamada a llegar hasta allí. No para ocupar todos los espacios ni para pronunciar siempre la última palabra, sino para ofrecer una presencia capaz de escuchar, discernir y acompañar. Porque quizás el desafío decisivo no consiste en conseguir que la fe tenga mayor visibilidad, sino en hacer que su presencia resulte más verdadera.

Este número de la *Revista Aragonesa de Teología* quiere contribuir a esa tarea. Desde Aragón y con una mirada abierta a la Iglesia y al mundo, ofrece

distintos caminos para regresar al centro y, precisamente desde él, acercarse a las fronteras. Porque el corazón que se deja alcanzar por Cristo no se encierra: se abre. Y porque una Iglesia que vuelve al corazón descubre que su lugar está siempre allí donde alguien necesita ser acogido, reconocido, acompañado y amado.